

## ABADDON EL EXTERMINADOR O LA MAS ALTA FUNCION PARADIGMATICA EN LA NARRATIVA DE ERNESTO SABATO

Uno de los factores que más sorprenden al lector de *Abaddón el exterminador*<sup>1</sup>, la última novela de Ernesto Sábato, es encontrarse al propio autor como un protagonista más de la ficción, independientemente de que el resto de sus personajes contengan también importantes elementos autobiográficos. Gracias al desdoblamiento que efectúan todos los creadores en sus obras, sus «personajes centrales —dice Sábato— representan (de alguna manera) a su creador. Pero todos (de alguna manera) lo traicionan»<sup>2</sup>. Ante esta supuesta traición, dice en otra ocasión, el escritor «no sólo experimentará sorpresa, sino también una especie de retorcida satisfacción»<sup>3</sup>, ya que «entre la novela y la vida hay la misma diferencia que entre el sueño y la vigilia: el escritor cambia, disfraza la realidad, para ejecutar actos infinitamente deseados»<sup>4</sup>.

Por otra parte, existen ciertos creadores que, como Sábato, no pueden, ni quieren, al escribir sus ficciones, inhibirse de exponer directamente sus propias ideas, como testigos importantes de los acontecimientos que les ha tocado vivir. Sus obras estarán escritas «sufriendo el drama de una época»<sup>5</sup> y el pensamiento de su autor sobre esa realidad estará presente siempre, sea cual fuere el personaje creado<sup>6</sup>. En

<sup>1</sup> Editorial Sudamericana. Buenos Aires 1974. Citaremos por esta edición.

<sup>2</sup> E. SÁBATO: *Heterodoxia*. Emecé editores. Buenos Aires, 1951. Citamos por al 4.ª impresión de 1970. Pág. 24.

<sup>3</sup> E. SÁBATO: *El escritor y sus fantasmas*. Ed. Aguilar, Buenos Aires, 1963. Citamos por la 3.ª edición, de 1967.

<sup>4</sup> E. SÁBATO: *Heterodoxia*, pág. 23.

<sup>5</sup> E. SÁBATO: *El escritor...*, pág. 142.

<sup>6</sup> Esto suele ocurrir cuando el escritor es más pensador que novelista, por mucha maestría que demuestre en esta última faceta. A pesar de lo que Sábato mismo considera —«soy una persona llena de contradicciones y dudas; y creo que es por esa causa que soy ante todo un novelista y no un pensador ni un sociólogo (*El escritor...*, pág. 45)—, para mí es más pensador que novelista, sin

este sentido es observable en la novelística de Sábato una progresión creciente en cuanto a los contenidos ensayísticos; desde el *El túnel* donde apenas existen, pasando por *Sobre héroes...* en que se equilibran armoniosamente con los puramente ficcionales, hasta *Abaddón...* donde sobrepasan abundantemente a estos últimos.

Ante esta situación cabría preguntarse por qué Sábato ha creído necesario incluirse directamente en la novela. Si sabemos lo que piensa y siente, bien a través de sus personajes o bien a través de sus digresiones ensayísticas, ¿qué motivación pudo tener para incorporarse como un personaje más? En la misma novela (págs. 275-276) justifica el hecho dando una explicación que, analizada dentro de su pensamiento, o entendida en función de la totalidad de la novela, nos da la clave. Ahora me limito a transcribirla para más tarde volver sobre ella: «¿Sabes lo que pasó con la física a comienzos de siglo? Se empezó a poner todo en duda. Quiero decir, los fundamentos. Era como un edificio que crujía y hubo que investigar los cimientos. Y se empezó a hacer no física, sino a meditar sobre la física... Con la novela ha pasado algo parecido. Hay que revisar los cimientos. No es casualidad, porque nace con esta civilización occidental y sigue todo su arco, hasta llegar a este momento de derrumbe. ¿Hay crisis de la novela o novela de la crisis? Las dos cosas. Se investiga su esencia, su misión, su valor. Pero todo eso se ha hecho desde fuera. Ha habido tentativas de hacer el examen desde dentro, pero habría que ir más a fondo. Una novela en que esté en juego el propio novelista... Como un personaje más, en la misma calidad que los otros, que sin embargo salen de su propia alma. Como un sujeto enloquecido que conviviera con sus propios desdoblamientos.»

Para seguir una ordenada trayectoria en el hilo de nuestro estudio hemos de partir de la base fundamental del pensamiento sabateano, algo no absolutamente original<sup>7</sup> y desde luego sobradamente conocido para el lector habitual de este autor, ya que sobre ella construye toda la problemática en que se fundamentan sus obras, tanto ensayos como

---

que ser pensador tenga que significar sistematización y orden. Sábato recuerda en este sentido a Fernando, el protagonista del *Informe*, a quien nos lo presenta como un hombre que en el terreno de las ideas no se muestra nunca ordenado y coherente: «No había ninguna coherencia en él salvo la de sus obsesiones, que eran rigurosas y permanentes. Era todo lo opuesto a un filósofo, a uno de los hombres que piensan y desarrollan un sistema como un edificio armonioso; era algo así como un terrorista de las ideas, una suerte de antifilósofo» (*Sobre héroes y tumbas*, pág. 598).

<sup>7</sup> Queremos decir no original en este momento, pero no así en los años en que Sábato lo formulaba por primera vez en *Hombres y engranajes*. Ed. Emecé, Buenos Aires, julio de 1951.

ficciones. Me refiero a la crisis de nuestra civilización occidental, crisis patentizada en una deshumanización absoluta con todas sus consecuencias de soledad, incomunicación, disgregación esencial, frustración, neurosis, angustias, etc., todos ellos típicos temas sabateanos, algunos de los cuales comentaremos en su momento.

También hay que partir del hecho de que Sábato cree en la posibilidad de salvación para ese hombre porque, como veremos, si no creyera en definitiva no escribiría. Es verdad que *Abaddón...* parece concluir de una forma absolutamente pesimista, pero en última instancia no sabemos todavía el definitivo pensamiento del autor en este sentido. *Abaddón...* ha sido el más importante y definido intento de probar el valor que Sábato concede a la novela, y precisamente en la propia persona de su autor, quien ya parecía flaquear en la convicción, hasta ahora muy arraigada, del noble papel que tiene la novela en esta época y en virtud del cual se justifica toda su novelística<sup>8</sup>.

Sábato nos dirá —nos debe decir— la última palabra, aunque si no la dijese el silencio sería también suficientemente significativo. Para analizar estas conclusiones es para lo que en definitiva proyectamos este estudio. Independientemente de lo que el autor pueda decir expresamente en sus comentarios.

#### LA NOVELA HOY. REACCION ANTE LA CRISIS

Ortega pensó que el divorcio entre el artista y su público, probaban la deshumanización del arte. Sin embargo, Sábato cree que es más exacto considerarlo al revés: la deshumanización está en el público, en el hombre-masa. Y el artista, hombre rebelde, solitario, inadaptado, es el que ha conservado los atributos del ser humano, de que han sido despojados los hombres-masa. De ahí el divorcio aparente, no real, del arte y concretamente, de la novela actual —puesto que de ella hablamos— para algunos ensayistas del momento, que no se dan cuenta del proceso ocurrido<sup>9</sup>.

Para Waidlé, recuerda Sábato en su ensayo «Al porvenir de las letras y las artes», asistimos al «ocaso de la novela», ya que el artista de hoy «es impotente para entregarse por completo a la imaginación creadora» porque está obsesionado con su propio yo «hipnotizado por

<sup>8</sup> Obsérvese que ya admite expresamente, en la cita transcrita, el que la novela está en crisis. «¿Hay crisis de la novela o novela de la crisis? Las dos cosas...».

<sup>9</sup> Véase *Hombres y engranajes*, págs. 103-105.

sus desventuras y ansiedades, eternamente monologando en un mundo de fantasmas»<sup>10</sup>.

Sin embargo, para Sábato, en ningún momento de su historia la novela ha alcanzado un pedestal tan alto y su importancia y trascendencia han llegado a ser tan claras.

Veamos también a través de «Hombres y engranajes» el papel trascendente de la novela, y por ello su importancia en el mundo de hoy.

La novela es un género eminentemente antropocéntrico, nunca ha sido desposeída de esa característica. Mientras que la filosofía se separaba del hombre ahondando por los caminos del positivismo, la novela, más o menos, fue fiel a él, ocupándose de sus vivencias, de sus problemas, de su psicología. Sólo voces aisladas de filósofos como Kierkegaard y Nietzsche, en este momento de idolatría por la ciencia y la técnica, recordarán que lo más importante era el hombre. El romanticismo fue también una rebeldía valiente y suicida ante la deshumanización; los románticos fueron unos profetas del fracaso que se avecinaba, pero profetas precoces, ya que la sociedad donde surgieron y contra quien se levantaron, defendiendo al hombre concreto, era todavía fuerte y poderosa, y les aniquiló.

Pero en nuestros días ha surgido un movimiento romántico enriquecido: el nuevo existencialismo, y ya esta sociedad no tiene el poder que tenía entonces; por numerosos puntos se resquebraja. Este nuevo existencialismo, cuyas raíces están en el subjetivismo de Kierkegaard, pero enriquecido por las aportaciones de Marx (dimensión social) y Husserl (síntesis de individuo y comunidad = persona), fija todo su interés en el hombre como la razón suprema de toda especulación filosófica. Su interés es enorme en este momento crucial de nuestra civilización y naturalmente no es casual su aparición, como puede apreciarse fácilmente. Esta vez la mella está hecha en la sociedad, posiblemente el caos es lo inmediato; pero únicamente de entre las ruinas resurgirá el hombre salvado, depurado ya de toda exageración, y con la plena conciencia de su ser.

En este trascendente papel la filosofía está sola; como siempre, se encuentra auxiliada por las artes. La pintura, a su vez, con las escuelas impresionistas, expresionistas, surrealistas, neo-figurativistas... sigue el camino de la humanización quitando importancia a esa «realidad externa» y dándosela a la realidad de los sentidos, de las vivencias, de las sensaciones. La verdadera realidad. La literatura asume también el papel trascendente. Sobre todo con la novela, su género más antropocén-

---

<sup>10</sup> *Hombres y engranajes*, pág. 93.

trico como decíamos. De una manera más efectiva, más totalizadora, puede ejercer esa función sobre el hombre de hoy. Recordemos las características de la novela actual y observemos cómo predominan las que se refieren al mundo del hombre en un sentido total<sup>11</sup>.

Este panorama general puede explicarnos el por qué no podemos extrañarnos de que la novela actual hispanoamericana sea objeto de polémicas, que tenga sus detractores pertenecientes al lado conservador y sus defensores pertenecientes al lado reformista y humanizante.

En otro ensayo más reciente —aunque recoge muchas de sus afirmaciones anteriores— Sábato es más explícito al explicar el por qué de tan importante papel concedido a la novela:

«La filosofía por sí misma es incapaz de realizar la síntesis del hombre disgregado: a lo más puede entenderla y recomendarla. Pero por su misma esencia conceptual no puede sino recomendar conceptualmente la rebelión contra el concepto mismo, de modo que hasta el propio existencialismo resulta una suerte de paradójico racionalismo. La auténtica rebelión y la verdadera síntesis no podía provenir sino de aquella actividad del espíritu que *nunca separó lo inseparable: la novela*. Que por su misma hibridez, a medio camino entre las ideas y las pasiones, estaba destinada a dar la real integración del hombre escindido; a lo menos en sus más vastas y complejas realizaciones. En estas novelas cumbres se da la síntesis que el existencialismo fenomenológico recomienda. Ni la pura objetividad de la ciencia, ni la pura subjetividad de la primera rebelión: la realidad desde un yo, la síntesis entre el yo y el mundo, entre la inconsciencia y la conciencia, entre la sensibilidad y el intelecto»<sup>12</sup>.

En resumen, dice más adelante Sábato, «la gran novela *no sólo hace el conocimiento del hombre, sino a su salvación*. Y esta tarea, lejos de ser un lujo de individuos indiferentes al sufrimiento de clases o pueblos miserables, es una clave para el rescate del hombre triturado por la sinuosa estructura de los tiempos modernos»<sup>13</sup>.

Convenimos, por tanto, que, teóricamente, la novela tiene dos funciones paradigmáticas en opinión de Sábato: la primera, mostrar al

<sup>11</sup> Véase *El escritor...*, págs. 81-85.

<sup>12</sup> E. SÁBATO: *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo: Robbe-Grillet, Borges, Sartre*. Ed. Universitaria, S. A., Santiago de Chile 1968. Citamos por esta edición. Págs. 85-86.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 93.

hombre en su realidad total, realidad que abarca la de su mundo físico, aquella que corresponde a los dominios del razonar consciente, y la que corresponde a la de sus sentimientos, emociones, sueños o pesadillas, la realidad en fin de su mundo subconsciente, donde se encuentran esas fuerzas íntimas que nada tienen que ver con la lógica y que en definitiva son de tanta importancia en la realidad total del ser humano. La segunda función de la novela sería la de intentar salvar al hombre. Para ello trata, por una parte, de hacerle ver que no cuenta con esa segunda realidad oscura de su persona, y que por tanto mientras sea así tendrá alienado, escindido, perdido su yo por los imperativos de una sociedad en crisis. Para que el hombre valore esa segunda realidad debidamente hay que darle cuenta de su existencia y de su importancia. Lo primero se llevará a cabo mediante la primera función que comentamos: mostrar al hombre, darle a conocer su realidad total. Y lo segundo haciéndole ver cómo ciertas facetas negativas de esa realidad operan de manera determinante en la conducta humana cuando el yo se encuentra rehabilitado por esa escisión. De ahí, por ejemplo, el dominio del mal en el mundo que hoy padecemos.

Es importante constatar que cuando Sábato habla de realidades ocultas no se refiere solamente a los contenidos del inconsciente individual, que, con ser muy importantes a nivel personal y constituir la base sobre los que dramatiza en sus ficciones estos conceptos, son inoperantes, como vamos a ver en el análisis de sus obras, a nivel colectivo.

El lado oscuro de la existencia comprende lo reprimido a nivel individual, es decir, lo instintivo; y lo reprimido a nivel social, es decir, lo que él llama la izquierda, «lo que se vincula a lo reprimido e instintivo de la raza»<sup>14</sup>. Una enumeración de los contenidos reprimidos a nivel social aparece en *Abaddón...* en palabras de Schnitzler, un personaje que representa una faceta de la dualidad sabateana:

- «1.º El aumento bruto de la población mundial.
- 2.º La insurrección de las capas inferiores.
- 3.º La rebelión de las mujeres.
- 4.º La rebelión de la juventud.
- 5.º La rebelión de los pueblos de color.

Todo... lo que se dice todo, son *manifestaciones de lo vital sobre lo racional*, lo que en rigor debe calificarse como *despertar de la izquierda*» (págs. 450-451. El subrayado es del autor).

---

<sup>14</sup> *Abaddón...*, pág. 451.

Además de esta vía de conocimiento como función salvadora de la novela existe otra no menos importante, y hasta ahora no comentada, que aparece ligada directamente al problema del mal a que nos hemos referido. Es la vía catártica, aquella que purifica y salva mediante la convulsión y el horror.

Analícemos ahora las conclusiones a que Sábato ha llegado al dramatizar en sus ficciones estas teorías.

#### EL CONOCIMIENTO

Para llegar al conocimiento del subconsciente humano no hay más camino que el que nos proporciona la psicología. «Sólo se alcanza el conocimiento de la naturaleza mediante la creencia que amplía el campo de la consciencia y por ello también la ciencia necesita autoconocimiento profundo, es decir, necesita de la psicología»<sup>15</sup>.

De esta forma la novela se constituye en un medio idóneo donde autores como Sábato —considerando lo que llevamos dicho— pueden intentar conocer la realidad total del hombre: la del mundo físico que le rodea, con todas sus implicaciones, históricas, sociológicas, políticas..., y la del mundo psíquico por medio de unos análisis psicológicos que el autor llevará a cabo a través de sus personajes, que le representan y le traicionan a la vez según dijimos. «Escribir es un intento de conocerme a mí mismo, lo que supone intentar conocer a la humanidad», ha dicho Sábato en una de sus más recientes entrevistas<sup>16</sup>.

Son conocidos ya suficientemente por la abundante bibliografía que existe al respecto los distintos «buceos» psicológicos que en las novelas anteriores ha llevado a cabo<sup>17</sup>. Sondeos psicológicos a distintos niveles del «yo» que recogen problemas de incomunicación, soledad y libertad, complejos freudianos, el problema del mal y psicopatías de toda índole; todo ello conectado con las circunstancias históricas, políticas y sociológicas de Argentina, pero que son extensibles a todo el orbe que vive bajo los efectos de la crisis de la llamada civilización occidental.

<sup>15</sup> C. G. JUNG: *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1966, pág. 336.

<sup>16</sup> *El País*, 25-II-77.

<sup>17</sup> Como es sabido, el autor lleva a cabo estos análisis psicológicos con las técnicas modernas (monólogos interiores más o menos directos, narración de sueños, puntos de vista lejos del tradicional autor onnisciente, inserción de símbolos, mitos, etc.).

El análisis de los planteamientos y conclusiones a que el autor llega tras sus «experiencias» psicológicas en sus dos primeras novelas necesita un trabajo aparte porque desbordaría nuestro propósito actual. Bástenos constatar que en última instancia Sábato se muestra pesimista en relación con estos problemas: No existe la posibilidad de comunicarse sino es de forma precaria y pasajera. No cree que el hombre puede ser forjador de su propio destino porque niega la existencia de la libertad que se lo posibilite. Y descubre el «Reducto Sagrado de la Secta», es decir, el lugar donde radica el Mal, en nuestro propio subconsciente. Pero esta visión negativa la suaviza en ambas novelas con un final esperanzador aunque incógnito: Castel escribe sus memorias porque *espera* que todavía haya alguien que le comprenda, y por tanto con quién poder comunicarse. Martín se salva gracias a su pureza, —es decir, porque tal vez gracias a su juventud y marginación todavía no habían operado en él las nocivas influencias de la civilización—, *huyendo* a la incontaminada Patagonia<sup>18</sup>.

Esta circunstancia nos obliga a pensar que la visión de Sábato no es absolutamente trágica respecto al hombre, a pesar de las imperfecciones que ha descubierto en él, sino que, como nos corroboró un estudio sociológico<sup>19</sup>, lo que Sábato rechaza totalmente son los condicionamientos vitales y culturales en que este hombre se desenvuelve, y que en última instancia son los causantes de que hoy el hombre se vea como Sábato nos lo ha mostrado.

#### EL PROBLEMA DEL MAL

La última de sus novelas volverá a plantear —conectado el generoso artificio del autor-personaje— el problema del mal, que, simbolizado en la Secta de los ciegos, constituyó el elemento más importante del *Informe*. El estudio de este problema por sí solo justificaría tanto en el terreno literario como en el puramente conceptual o nivel paradigmático que ahora analizamos, el valor de las novelas de E. Sábato.

El mal, visiblemente manifiesto en el estremecedor avance de la ciencia y la deshumanización consiguiente, lleva a plantear el hecho de si puede seguir siendo considerado como «privatio boni», o como una

---

<sup>18</sup> Otros factores influyen también en su solución, como por ejemplo la supervivencia del valor de un proyecto y una acción de su pasado histórico, pero ya hemos dicho que no podemos extendernos en cada uno de los puntos. Bástenos con constatar el hecho aunque el trabajo extenso esté sin publicar.



auténtica realidad, cuyo origen y fundamento estaría en el propio hombre Sábato, como Jung<sup>20</sup>, cree en esta segunda posibilidad. «Un pueblo será siempre civilización y barbarie, por la misma causa que Dios domina en el cielo, pero el demonio en la tierra»<sup>21</sup>.

Tras el origen del mal, simbolizado por los ciegos, se lanza Fernando el protagonista del *Informe*, en viaje por su propio subconsciente, a una investigación apasionante, aunque menos dramática y descarnada que la que llevará el propio Sábato en *Abaddón el exterminador* por los dominios del suyo.

Frente a la realidad de que el mal está en nosotros mismos —constatado ficcionalmente por Fernando al encontrar el reducto sagrado de la Secta en su propio subconsciente—, y que, por tanto, existe como realidad al lado del bien, pierden ambos su carácter absoluto y el hombre se siente forzado a reflexionar que representan «juicios».

La decisión ética, la valoración moral, se ha venido fundamentando en un código de costumbres, de leyes y reglas que los mismos que las enseñan viven trasgrediéndolas. Al relativizarse lo bueno y lo malo pasan a ser decisiones subjetivas ante las cuales el hombre, que no está acostumbrado a ello, y tiene la ignorancia de su posibilidad, se siente inseguro y angustiado. Es preciso para superarlo someterse a la prueba de un autoconocimiento profundo, con lo cual conocerá sus posibilidades y limitaciones sobre el bien y el mal. En última instancia estos valores están dictados por los instintos del inconsciente, viene a decirnos Jung<sup>22</sup>, sobre los cuales todavía no hay un conocimiento definitivo. Es preciso, por tanto, ampliar al máximo el dominio de la consciencia para que, zonas tan importantes de la naturaleza humana, puedan ser conocidas y estudiadas.

Y aquí radica precisamente la generosidad de Sábato. Tanto la experiencia de Fernando como la suya propia, en la que sacrifica su gran obsesión en beneficio de una toma de conciencia por parte de los lectores<sup>23</sup>, constituyen funciones novelísticas que a niveles para-

<sup>19</sup> Estudio sociológico de *Sobre héroes y tumbas*, que pertenece al más amplio trabajo, sin editar.

<sup>20</sup> Véase *Recuerdos, sueños, pensamientos*, págs. 332-346.

<sup>21</sup> E. SÁBATO: *El otro rostro del peronismo*. Imprenta López, Buenos Aires, 1956, pág. 45. La misma idea puede verse en *El escritor y sus fantasías*, página 205. Esta misma línea de pensamiento entronca con el surrealismo que también confirma la intuición de los gnósticos, quienes, en el Evangelio de Judas demostraban la necesidad del mal como complemento del bien.

<sup>22</sup> Véase *op. cit.*, págs. 333-336.

<sup>23</sup> En la entrevista citada, Sábato dice corroborando nuestra tesis: «La novela que ahora me han premiado en París será la última.» Y en *Abaddón...*, lo

digmáticos nunca habían alcanzado en la obra literaria tan altos valores.

La experiencia de Fernando termina negativamente porque su gran peligrosidad no puede ser evitada por un surrealista como él, que sin más método que la acientífica «paranoia crítica»<sup>24</sup> intenta una aventura semejante<sup>25</sup>.

Pero la obsesión de Fernando, que muere para expiar su culpa al haber violado un tabú<sup>26</sup> es recogida por el propio Sábato en *Abaddón...*, haciéndola directamente suya.

Sábato-personaje de *Abaddón...* es el Sábato escritor y hombre público: el que se lamenta insistentemente de que su obligación de ser testigo le lleve a convivir con gentes que detesta, a ir a lugares o acontecimientos que no le son gratos, a que su cortesía se vea necesariamente puesta a prueba por el hecho de tener que contestar cartas o permitir reportajes que le roban su tiempo para escribir, y le distraen de sus auténticos problemas.

Aparecen en la novela casi todos los datos biográficos que se le conocen, así como infinidad de temas ya recogidos en sus otros libros. Pero lo que aquí nos interesa resaltar es que el Sábato-personaje se presenta a sí mismo como investigador, desde la infancia y luego a través de sus novelas, de la Secta de los ciegos.

Como tal investigador lleva hasta las últimas consecuencias su actividad a pesar del temor que le produce: «Además, tengo que confesarlo, soy un cobarde. Tendré que ver si uno de estos días me animo a subir de nuevo desnudo al farol de la calle Corrientes. Veremos» (página 458), dice inmediatamente antes de confesarnos sus «demonios». Y en otro momento oye decir a R: «Hay que tener el coraje del retorno. Sos un cobarde y un hipócrita» (pág. 312), animándole a que vuelva

---

confiesa con verdadero dolor: «Ahora intuía en que en estas páginas culminaba todo... Sin embargo, ¡le interesaba tanto la vida! ¡Querría escribir sobre tantas cosas!», pág. 355.

<sup>24</sup> Véase mi trabajo «Algunos elementos surrealistas del *Informe sobre ciegos* de E. Sábato», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 4, Madrid, 1975.

<sup>25</sup> Sobre la peligrosidad de un autoanálisis profundo véase JUNG, *ob. cit.*, páginas 178-207, donde narra una experiencia semejante que él mismo lleva a cabo, y en cuya narración, curiosamente, emplea los mismos términos que Fernando en la suya. Véase, por ejemplo, la coincidencia en ambos de las expresiones y símbolos siguientes: «terribles catástrofes», «sueños y visiones premonitorias», «desamparado en un mundo extraño», «fuerza demoníaca», «experimento científico», «laberinto», «riesgo», «Sigfrido», «agitación interior», «identidad con el héroe», «profundidad», «pájaros», «miedo y pánico», «sol rojo crepuscular», etcétera.

<sup>26</sup> Véase mi trabajo «El *Informe sobre ciegos*». (Destino psicológico y biológico.), Madrid, Gráficas Coallas, S. L., 1973.

una vez más a adentrarse por los laberintos de su ciénaga particular. Y lo hace. Confiesa que en tres diferentes momentos de su vida estuvo en contacto más o menos directo con el lado nocturno de su existencia<sup>27</sup>.

La primera vez fue en el verano de 1927, con un antecedente de escasa significación, «nada más que *para hacerme saber que existía, que estaba*» (pág. 302. El subrayado es del autor), ocurrido unos meses antes. Soledad le conduce por sótanos, túneles, pasadizos y laberintos cada vez más profundos, llenos de «hurones, comadreas y ratas» (pág. 466), hasta llegar a una caverna donde estaba R. (Rojas, su infancia), extraño personaje que, sin embargo, había reconocido muy significativamente ser su «alma gemela» (pág. 298) y tener con él «intereses comunes» (página 310). El fue quien le «forzó a escribir ficciones» (pág. 309) en aquella época en que abandonó la ciencia, 1938: época de su segundo contacto con el lado nocturno de su existencia.

Pero sigamos con la primera experiencia: Antes de dar paso a un extraño rito sexual ocurrido en el mismo lugar en que se llevó a cabo la unión incestuosa de Fernando y Alejandra —bajo la iglesia de la inmaculada Concepción— R. se dirige a él en estos términos: «Este será el centro de tu realidad desde ahora en adelante. Todo lo que hagas o deshagas te volverá a conducir hasta aquí. Y cuando no vuelvas por tu propia voluntad, nosotros nos encargaremos de recordarte tu deber» (pág. 467). De esta forma su vida posterior se vio ligada a ese mundo tenebroso convertido ya, desde 1927, en centro de su realidad y desde el cual, en camino inverso al confesado en sus biografías, Sábato huye periódicamente al mundo de la luz, al de las matemáticas y la ciencia.

En 1938, ya lo hemos dicho, ocurre su segunda experiencia de descenso al mundo de sus tinieblas o realidad subconsciente. Obsérvese cómo las fechas coinciden con aquellas de especial desasosiego y gran-

---

<sup>27</sup> Ese lado inconsciente de su persona aparece simbolizado en la persona de Soledad, quien «parecía una confirmación de esa antigua doctrina de la onomástica, pues su nombre correspondía a lo que era; parecía guardar un sagrado secreto... Era contenida, y su violencia interior parecía mantenerse bajo presión, como en una caldera... alimentada con fuego helado. No hablaba de los hechos cotidianos y normales. Más bien, en poquíssimas palabras... sugería hechos que no correspondían a lo que habitualmente se llama verdad sino, más bien, a esa clase de acontecimientos que suceden en las pesadillas. Era un personaje de las tinieblas... (con) una sensualidad parecida a la que tienen las víboras... Sabía 'cosas' que asombraban y hacían pensar en 'intermediarios', pág. 308.

Obsérvese cómo esos descensos al inconsciente vienen dramatizados en la novela por estados de embriaguez que nublan la conciencia.

des pesadillas que Sábato ha confesado sufrir realmente a lo largo de su vida: 1927, durante su adolescencia, en la Plata<sup>28</sup>, 1938, con los surrealistas, en París. En ellas abandona lo racional, la realidad diurna clara y lógica por la realidad nocturna de lo incierto, ilógico y tenebroso; del mundo consciente por el inconsciente, la ciencia por la literatura. En 1938 es cuando empieza a escribir *La fuente muda*, su primer obra literaria que pasaría a ser *Memorias de un desconocido* y también una obra de teatro «que abortaron y jamás publiqué» (pág. 309).

A partir de entonces su vida, de una manera más manifiesta, ha estado ligada a aquella realidad: «hacia 1947 advertí que en Sartre todo provenía de la vista»; después, sus críticas al Nouveau Roman, la escuela de la mirada, del objetivismo<sup>29</sup>; luego vino *El túnel*, con su ciego Allende, y más tarde, *Sobre héroes y tumbas* con el *Informe...* Ahora, en los años en que escribe *Abaddón*, siente de nuevo cómo, tras cuarenta y cinco años, la voz de R. le conmina a un encuentro más definitivo: «Cuando no lo hagas por tu propia voluntad, nosotros nos encargaremos de recordarte tu deber» y Sábato entra de nuevo en la simbólica casa de la calle de Arcos. «Abrió con esfuerzo la puerta oxidada y empezó la marcha hacia los subsuelos, rehaciendo con su linterna el camino de otro tiempo. Sabía que al término de aquel laberinto algo estaba esperándolo. Pero no sabía que» (pág. 470).

#### LA SALVACION

En el desenlace radica una de las facetas más nihilistas y desesperanzadas de la novela, ya que, tras un penoso ascenso —donde se observa cómo en lo que podría ser el pre-consciente es donde sitúa la mayor cantidad de basura y la mayor dificultad de salida—, Sábato novelista, que se supone concienciado con su realidad más íntima, se ve desdoblado en dos, *escindido él también*, y más tarde convertido en murciélago gigante. Ha conseguido echar fuera sus demonios, pero no librarse de ellos; ahora son ellos lo que le contienen a él. «Es imaginable, pues, lo que podía sentir ante una rata de un metro veinte, con inmensas alas cartilaginosas, con la repulsiva piel arrugada de esos monstruos. Y él *dentro...* Y decidió tratar de vivir de cualquier manera, guardando su

<sup>28</sup> Véase A. AELLAPIANE: *E. Sábato: El hombre y su obra*. Las Américas, P. H. C., Nueva York, 1968.

<sup>29</sup> Véase *Tres aproximaciones...*

secreto, aun en condiciones tan horrendas. Porque el deseo de vivir es así, incondicional e insaciable»<sup>30</sup>.

La generosa experiencia novelística de Sábato le ha resultado doblemente negativa.

Por un lado, como persona ha descubierto que la vía de conocimiento que supone la novela es, aunque valedera en sí, inútil en sus fines de salvación. Como ha descubierto en su propia persona, no es posible salvarse, individualmente al menos. La experiencia de autoanálisis le ha servido para exorcizarse, para sacar fuera sus demonios, pero no ha podido asumirlos armónicamente. Ambas facetas de su persona se le muestran en pugna, en perpetuo conflicto, tanto antes como ahora.

Porque en el fondo, en última instancia, lo que Sábato niega, como ya dijimos de las dos primeras novelas, es la libertad del hombre; la posibilidad de que éste pueda labrarse su propio destino. Fernando patentiza en el *Informe* que no existe libertad biológica y psicológicamente hablando. Y Martín, aunque se salva momentáneamente, también evidencia su falta al mostrarse condicionado, si no determinado, a la existencia de unos valores transmitidos a través de la historia.

Esto no es sino la consecuencia del tremendo poder destructor que nuestra civilización opera sobre los hombres.

Para Sábato, coincidiendo con el pensamiento de E. Fromm<sup>31</sup>, el hombre de hoy no es un hombre libre porque la libertad que ha conquistado a lo largo de la historia es una libertad negativa que le lleva a otro estado de mayor sometimiento que es en el que nos encontramos. El hombre hoy ha conseguido la libertad externa, pero no es capaz de realizar su propia individualidad porque ha sido a costa de perder su yo, alienado por los contenidos de una sociedad en crisis.

Tienen que venir los tiempos nuevos, donde se reintegrará lo escindido por la civilización racionalista, mecánica y cientifista. Y como en las «grandes civilizaciones primitivas las fuerzas oscuras... (serán) revertenciadas»<sup>32</sup>.

La otra vertiente negativa debe ser especialmente dolorosa para Sábato novelista. Y en ella radica fundamentalmente la generosidad que venimos reconociéndole. Hemos llegado a la conclusión de que Sábato, que, como todo novelista moderno, no pretende decir al hombre cómo debe ser, sino cómo es, al explicárnoslo en su propia persona, asumiendo su lado nocturno tras la experiencia del último autoanáli-

<sup>30</sup> Pág. 499. El subrayado es del autor.

<sup>31</sup> Véase E. FROMM: *El miedo a la libertad*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1964.

<sup>32</sup> *Abaddón...*, pág. 286.

sis, se ha quedado sin sus fantasmas, sin sus obsesiones. Por eso tememos que no vuelva a escribir ficciones. (En la última entrevista que hemos citado, *El País*, 25-II-77, leída después de haber proyectado el trabajo, nos lo confirma.)

No obstante, le recordamos al autor, todavía le queda a la novela una vía en su papel salvador: la catártica. En *Abaddón...* lo encontramos expresado muy claramente: «Cualquier historia de las esperanzas y desdichas de un solo hombre, de un simple muchacho desconocido, podía abarcar a la humanidad entera, y podía servir para encontrarle un sentido a la existencia...

Una novela sobre esa búsqueda del absoluto, esa locura de adolescentes, pero también de hombres que no quieren o no pueden dejar de serlo: seres que en medio del barro y el estiércol lanzan gritos de desesperación o mueren arrojando bombas en algún lugar del universo... Para que el martirio de algunos no se pierda en el tumulto y en el caos, sino que pueda alcanzar el corazón de otros hombres, para *removerlos y salvarlos*» (pág. 17). (El subrayado es mío.)

Hacia esta vía catártica está orientada, por ejemplo, la función paradigmática correspondiente al resto de *Abbadón...*, hasta ahora no comentado<sup>33</sup>. La narración de las historias de Marcelo, Nacho y Agustina supone «escribir sobre ciertos adolescentes, los seres que más sufren en este mundo implacable, los más merecedores de algo que a la vez describiera su drama y el sentido de sus sufrimientos» (pág. 16), porque ellos pueden ser los prototipos en que se vean representados el resto de los jóvenes, y además es preciso observar que están «vinculados por algo tan poderoso como para constituir por sí mismo el secreto motivo de una de esas tragedias que resumen o son metáfora de lo que puede suceder con la humanidad toda en un tiempo como éste» (página 17).

Aunque el motivo que impulsa al autor esté dentro de la línea de moderada esperanza que le caracteriza, a nivel de sintagma las conclusiones son, como las referidas a él mismo, absolutamente pesimistas. Irónica y paradójicamente Sábato sitúa el final de esas historias en el día de la Epifanía, símbolo de suprema solidaridad.

Marcelo, al que sus verdugos sabían inocente, muere tras larga y espeluznante tortura después de haber escuchado palabras como éstas: «Ya veo que perteneces al tipo cabeza dura, idiota. Vas a arruinar tu

<sup>33</sup> Me refiero a todo lo que no es el personaje Sábato y sus múltiples desdoblamientos, ya que creemos que casi todos los que no vamos a nombrar a continuación —Bruno, Schneider, el doctor Schitzler, etc.— son distintas facetas del propio Sábato, lo que constituiría otro interesante estudio.

vida por nada. Cuando cambie el Gobierno nosotros seguiremos aquí. Y ustedes también. Los que sobrevivan» (pág. 481). En el otro episodio unas palabras de Agustina definen también su mensaje: «No hay absoluto en la vida... Y si no hay absoluto todo está permitido... No, no es eso. No es que todo esté permitido. Estamos *obligados* a hacer todo, a destruir todo, a ensuciar todo» (pág. 465). Y Nacho, ante la actitud de su hermana y de los «grandes buscadores de absolutos», quienes, al menos aparentemente, traicionan sus ideales, siente el deseo de suicidarse, frustrándose su intento ante la «solidaridad» ¡de un perro!

El loco Barragán, que ha callado sus profecías ante tal panorama de deshumanización e insolidaridad, vuelve, a instancia de Cristo, a referir la última de sus visiones proféticas: un enorme dragón que «ocupaba la mitad del cielo, ... un dragón colorado. Con siete cabezas. De las narices echaba fuero... Porque el tiempo está cerca, y este dragón anuncia sangre y no quedará piedra sobre piedra. Luego, el dragón será encadenado» (pág. 498)<sup>34</sup>.

No hay esperanza para nosotros aunque sí la habrá para nuestros descendientes. Ahora, el destino individual está determinado por la gran *máquina de nuestra civilización*. Estamos condenados a torpes realidades y a continuos desencuentros, como nos dice Bruno, en lo que podía llamarse el colofón de la novela (pág. 527).

Sábato, como recogíamos en la cita transcrita al comienzo, quería

<sup>34</sup> Esta profecía está conectada a la de Molinelli (págs. 334-336), quien cree que la fisión del uranio, el momento en que la ciencia y la razón alcanzarían su máximo poderío, coincidiría con grandes catástrofes que, según los grandes lamas «serían el preludio de la lucha decisiva por el dominio del mundo» (página 335). La humanidad se encuentra ahora en «La Quinta Ronda», que corresponde al «Quinto Angel del Apocalipsis», según Juan, es decir, Abaddón, angel del Abismo, y significa que se están «preparando las bases para una nueva concepción espiritual del universo», es decir, «el fin de la civilización materialista». Pero mientras llega el cambio vivimos momentos dolorosos porque Urano y Plutón, «los mensajeros de los Nuevos Tiempos», actuarían como volcanes en erupción, señalarían el límite entre las dos eras, la gran encrucijada» (página 336). Por tanto, como en la visión del loco Barragán la destrucción es un hecho, aunque después se alcance la deseada renovación. Y una de las facetas de la dualidad Sábato, el doctor, no puede evitar la exclamación «¡Qué cerca estamos!». Abaddón, pág. 451. La profecía de Molinelli explica también la idea de Sábato en relación con la estructura temática de la novela: «Por el momento, atravesamos el tercer y último decanato de Piscis bajo el dominio de Escorpio, donde Urano se halla exaltado. Sexo, destrucción y muerte» (pág. 336. El subrayado es mío). La relación es clara: De problemas de sexo, destrucción y muerte tratan, respectivamente, las historias de Nacho y Agustina, el loco Barragán y la última y escalofriante experiencia de Marcelo.

investigar sobre la esencia, misión y valor de la novela, y, tras nuestro análisis, las conclusiones son bastante negativas. Solamente la vía catártica deja abierta la esperanza de un valor positivo. Pero aun así, con ella queda plenamente justificado este tipo de novelas, es decir, aquellas cuya esencia y misión concuerdan con lo que hemos visto que son las de Ernesto Sábato.

MARINA GÁLVEZ ACERO  
Universidad Complutense de Madrid